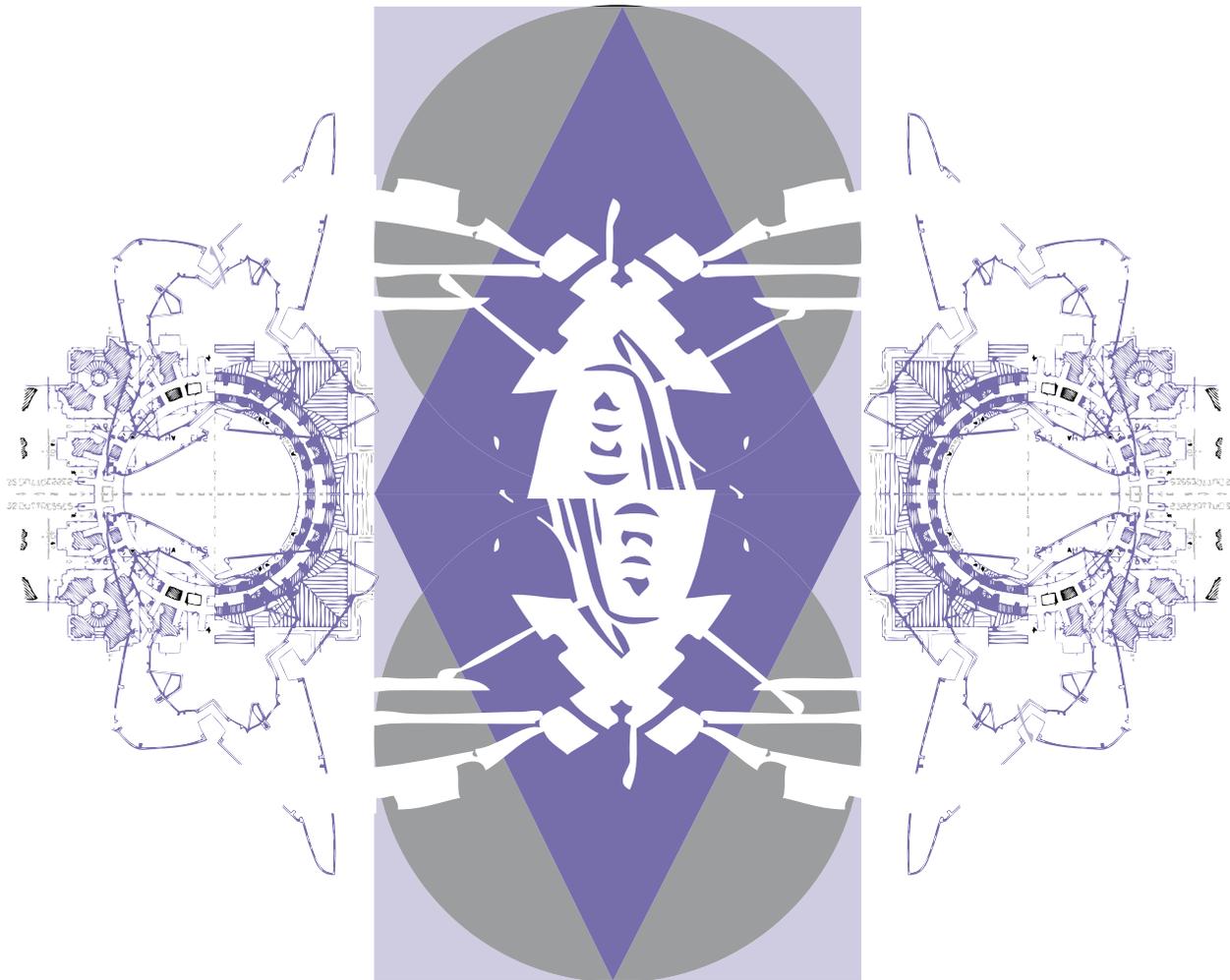


# Presentación



La Comunidad Europea, a lo largo de los años, ha sido tomada como un marco de referencia valioso para el progreso económico, social y político de sus estados miembro y sociedades. Esto es, existía en general un consenso respecto a su función de agente modernizador. Los indicadores básicos de los países confirmaban esta percepción con datos objetivos tanto de índole económica como sociológica.

Entre los años '70 y '80 algo pareció cambiar y esto se precipitó después del final de la Guerra Fría y del derrumbe de los regímenes comunistas. A una inestabilidad financiera global, desatada por la liberalización de los mercados de capitales y por el abandono del sistema de Bretton Woods, se superpusieron otros elementos de crisis, algunos particularmente contundentes para los países europeos –caracterizados por ser importadores de materias primas como fue el caso de la suba del precio del petróleo.

Fue una Europa en plena reestructuración económica (desindustrialización y tercerización) y en crisis de competitividad aquella con la que se encontró Jacques Delors, cuando

propuso reactivarla mediante el auxilio de dos proyectos: el primero, orientado hacia la realización de un mercado único eficaz, estable y equitativo (y, por ende, necesariamente regulado), el segundo, con el objetivo de completar este mercado mediante la liberalización financiera y la creación de una unión económica y monetaria (UEM). Tanto el primer como el segundo proyecto estaban integrados por un componente social muy fuerte -que se materializó, en lo que respecta al mercado común, con la introducción de políticas de corte redistributivo en el Acta Única Europea (fondos estructurales, de cohesión regional) y, en lo que respecta a la UEM, con lo que se convertiría más tarde en el protocolo social del Tratado de Maastricht. En particular, la cultura política de Delors, muy influida por Jacques Maritain y su 'humanismo integral', así como también por su experiencia laboral en el V Plan de Modernización francés, lo llevaba a focalizar sobre la dimensión 'humana' del desarrollo económico. En su visión, el avance de las Comunidades estaba anclado en la solución paralela a los desafíos que la nueva modernidad (bajo la forma de li-

beralización financiera) lanzaba ahora a Europa en las áreas cruciales de la competitividad y del empleo. Eran problemas que necesitaban una solución conjunta y común –que debía ser negociada entre estados, representantes de los industriales y de los trabajadores<sup>1</sup>.

Esta última parte de la estrategia de Delors se enfrentó con la aversión política de la primera ministra británica Margaret Thatcher, favorable al mercado, pero no a su regulación, mientras que el derrumbe de la Unión Soviética, junto con la financiarización del capitalismo global, abrían las puertas a un verdadero cambio de *Zeitgeist*. En este contexto, la estrategia de Delors no pudo concretarse según sus planes originales y el mercado único se completó sin que la UE contara con los instrumentos necesarios para contener sus consecuencias en términos de desigualdad (cuidando el empleo, por ejemplo, o la integración de las áreas ‘periféricas’ en términos de desarrollo económico y social) e inestabilidad (regulando los procesos de privatización y de financiarización).

La introducción del euro, un acto político de suma importancia para garantizar la estabilidad de la Unión en un momento de desorden geopolítico y ante el riesgo de potenciales fuerzas centrífugas, quitó a los estados miembro toda posibilidad de maniobra en el ámbito cambiario, empeorando aun más las divergencias macroeconómicas y las fragilidades estructurales europeas, herencia no resuelta de los años '70. Al mismo tiempo, la Agenda de Lisboa, aprobada en 2000, retomaba al viejo anhelo de Delors, apuntando al objetivo de convertir a Europa en “la economía basada en el conocimiento más competitiva y dinámica del mundo, capaz de crecer económicamente de manera sostenible con más y mejores empleos y con mayor cohesión social”<sup>2</sup>. La puesta en marcha de este ambicioso objetivo, sin embargo, quedaba confiada a una utópica gobernanza sin gobierno, o sea a un “método abierto de coordinación” el en cual los estados tendrían que converger voluntaria y libremente hacia las metas concordadas. No sólo lo que Therborn define como el primer proyecto modernizador de la UE fracasó, sino que el euro, y su manejo estrictamente monetarista, pasó de ser un medio a una finalidad estratégica en sí misma de la política económica europea. Por su parte, el cambio político en el vértice de la Comisión, a partir de la presidencia de Barroso en 2004, actuó en favor del olvido de las metas de Lisboa.

Si bien el optimismo y la abundancia de crédito fueron elementos claves para resolver, en el corto plazo, estas fallas, no pudieron hacer nada contra los pecados originales del proyecto. Más bien fue el revés, ya que el endeudamiento, tanto público como privado, se convirtió en uno de los componentes clave de la presente crisis.

En un momento en el cual esta crisis nos obliga a plantearnos profundos interrogantes sobre los contenidos y el alcance de la modernización de Europa, nos pareció importante intentar brindar algunos instrumentos de análisis para llevar a cabo una revisión de su historia. Para hacerlo, invitamos a un grupo de autores a reflexionar, en el curso de dos seminarios auspiciados por la Acción Jean Monnet de la Comisión Europea, sobre el tema del vínculo entre integración europea y modernización. Utilizamos el término ‘modernización’ sin referirnos a aquella corriente de pensamiento que se apropió de él y lo popularizó, proponiendo bajo esta etiqueta recetas homogéneas de desarrollo económico, político y social<sup>3</sup>, sino, más

sencillamente, como proceso hacia la modernidad –con todo lo que modernidad puede significar en contextos históricos y geográficos diferentes<sup>4</sup>. Dimos entonces libertad a los autores de este número para que propusieran su propio significado del concepto (rechazarlo inclusive, como hace Therborn e, implícitamente, Mattina) y buscar la forma de utilizarlo para responder a la pregunta que nos convoca, o sea: si y cómo la integración respondió a los desafíos impuestos por la modernidad en aquellos países que se incorporaron a ella a través de un proceso continuo de apropiación, rechazo e, inclusive, reformulación de sus mismos contenidos.

El número se abre con una discusión conceptual de largo alcance de Göran Therborn -uno de los sociólogos que más ha estudiado el fenómeno de la modernidad y la modernización-, destilada de sus investigaciones y reflexiones de varias décadas. Lo sigue Jody Jensen, a quién hemos pedido una nota sobre los cambios que está viviendo el que fuera, históricamente, el agente modernizador *par excellence*, el estado nación. Francesca Fauri y Sigfrido Ramírez Pérez comparten algunas evidencias empíricas sobre lo que significó para Italia y España la participación en Europa en términos de modernización. La primera subraya el papel de la UE en tanto que “marco externo” disciplinador, o sea límite virtuoso para un país en donde la debilidad de los gobiernos ha siempre dificultado la elaboración de estrategias de largo plazo, aun más cuando éstas tengan contenidos que pueden incidir sobre los equilibrios sociales consagrados por muchos años de crecimiento. El segundo habla de la integración como “catalizador y amortiguador” de la transición de España hacia un modelo de capitalismo en búsqueda de una “tercera vía” económica entre capitalismo liberal y socialismo de estado. Es interesante notar que los dos autores hacen referencia a una visión modernizadora diferente, de la cual, supuestamente, la integración se habría hecho portadora: Fauri se refiere a liberalización del mercado, a las mayores posibilidades para aprovechar ventajas competitivas y a las privatizaciones como elementos constantes de la acción integradora de la UE, mientras que Ramírez Pérez se refiere más bien a algunas políticas puntuales (el Fondo Social Europeo y los Fondos Estructurales, por ejemplo) como instrumentos que acompañan, complementándola, la estrategia modernizadora de España. Por su parte, Liborio Mattina focaliza su análisis en la influencia de la UE en la democratización de los países “post-totalitarios” –uno de sus logros en términos de modernización. László Nuyzstay da cuenta de las diferentes ideas de modernidad que inspiraron el desarrollo de Hungría después de la Segunda Guerra Mundial. En particular, Nuyzstay examina cómo el régimen del socialismo de estado y aquel de la democracia liberal, apoyado por la UE, lograron responder a sus principales desafíos. Finalmente, Rainer Kattel brinda una lectura heterodoxa de los datos económicos sobre el desempeño de Europa Central y del Este desde el final de la Guerra Fría que nos permite de apreciar las paradojas de la modernización llevada a cabo por estos países en un entorno de globalización y adhesión a la Unión Europea.

Por supuesto, las oportunidades de modernización que las Comunidades Europeas ofrecieron a sus miembros originales, como Italia, fueron muy diferentes de las que les brindaron a sus integrantes en épocas posteriores, por ejemplo, España en los años '80 y los países del Este europeo en los años '90 y

2000, así como diferentes fueron también los avances de las distintas regiones de que se compone Europa. Las diferencias tienen que ver con la evolución del contexto internacional, los cambios en la estructuración del sistema capitalista, las culturas políticas y la historia misma de los diferentes países así como con las diferentes visiones de las cuales la UE, a lo largo de su historia, se hizo intérprete. A pesar de estas disparidades de condiciones y resultados, las Comunidades ofrecieron a todos estos países un punto de referencia crucial a la hora de vislumbrar las modalidades de su propio desarrollo económico, social y político. Les ofrecieron también un ámbito político novedoso para controlar sus posibles extravíos y defenderse de los acontecimientos externos que podrían interferir con estos procesos, sobre una base mucho más igualitaria de la que habrían podido obtener en la arena internacional (hobbesiana). Quedan algunas preguntas, que se vuelven cruciales en el contexto actual: ¿quién define los contenidos de la modernización, cuáles son los actores de este proceso sin fin y cuáles sus prácticas? Sobre estas preguntas seguiremos orientando nuestro esfuerzo de comprensión en el futuro.

## Notas

<sup>1</sup> Ver su testamento político europeo, el documento “Crecimiento, competitividad y empleo. Retos y pistas para entrar en el siglo XXI”, COM(93) 700, presentado en 1993 por la Comisión Europea a solicitud del Consejo de la Unión, conocido como Libro Blanco de Delors. Más en general, Jacques Delors, *Mémoires*, Paris, Plon, 2004, pp. 171-430. Ver también la entrevista realizada por el *Centre Virtuel de la Connaissance sur l'Europe* (CVCE), el 16 de diciembre de 2009, disponible el [http://www.cvce.eu/content/publication/2011/6/15/0e04348e-23a7-4388-b77e-2d3dbca697ee/publishable\\_fr.pdf](http://www.cvce.eu/content/publication/2011/6/15/0e04348e-23a7-4388-b77e-2d3dbca697ee/publishable_fr.pdf)

<sup>2</sup> Consejo Europeo de Lisboa, 23 y 24 de marzo 2000, Conclusiones de la presidencia, disponibles en [http://www.europarl.europa.eu/summits/lis1\\_es.htm](http://www.europarl.europa.eu/summits/lis1_es.htm).

<sup>3</sup> Sobre este conjunto de intelectuales y *cold warriors*, ver Nils Gilman, *Mandarins of the Future. Modernization Theory and Cold War in America*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 2007 (ed. orig. 2003).

<sup>4</sup> En este sentido, ver Krishan Kumar, *From Post-Industrial to Post-Modern Society*, Malden, Blackwell Publishing, 2005 (ed. orig. 1995), pp. 24-28 y pp. 115-117.

